

» los hospitales », á la vez que le aseguraba que « esto en nada podía influir para que la negociación pendiente no tuviese la feliz terminación que positivamente deseaba » (43). Dejó 2,000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba á 2,000 hombres, se puso en retirada el 6 á las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían á encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario amedrentado, temía que la población fuese saqueada ó por los invasores ó por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró á tranquilizar á todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y á la municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles, que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que al garantizar el orden público, estaba dispuesto á correr un velo sobre el pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

XII

Fiel á la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró á posesionarse de Lima. Quería que la ciu-

(43) El virrey en su oficio sólo dice « unos cuantos enfermos »; pero Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. » declara positivamente: « 1,000 soldados enfermos, que quedaban en los hospitales »; y Camba, « Memorias », página 398, lo repite textualmente.

dad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil-Hall, que continuaba observándolo, cuenta, que habiendo reiterado su visita á bordo de la goleta *Motexuma*, curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir: — « He combatido durante diez años contra los españoles, y más bien dicho, contra los enemigos de la causa de la emancipación americana. Mi único deseo es que este país se gobierne por sus propias leyes. En cuanto al sistema político que adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión, y me retiraré » (44). Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron á pensar que era una burla del vencedor, que se disponía á entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia, el gobernador ordenó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que campaba á dos kilómetros de la ciudad, que se situase en un punto más lejano. La orden fué obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera (45). Esto bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación

(44) Basil-Hall; « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.

(45) Basil-Hall, « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.

entre las tropas y el pueblo no se estableció sino cuando el orden estuvo perfectamente asegurado, por medio de una policía civil bien organizada con el concurso de algunos pequeños destacamentos que penetraron modestamente al recinto de las murallas. El 9 al anochecer entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, á las siete y media de la noche, entró San Martín de incógnito á Lima, según su costumbre después de sus grandes triunfos, acompañado tan sólo de un ayudante y de allí se dirigió al palacio de los virreyes. Dos frailes descubrieron su presencia. Cada uno de ellos le dirigió un discurso comparándolo con Julio César y con Lúculo, que él oyó con su acostumbrada paciencia. Así que se hubieron retirado, exclamó: — « Santo Dios! que va á ser de nosotros! Esto no acabará nunca ». — El ayudante le dijo: — « ¡ Oh, mi general! están esperando otros dos del mismo calibre ». — « Sí! repuso San Martín, pues que ensillen los caballos y en marcha! » — Pero la noticia de su entrada se había generalizado y todos querían conocer al libertador, y hombres, mujeres y niños acudieron en tropel á saludarlo. Á una mujer que se precipitó á sus pies, presentándole tres hijos para que sirviesen á la patria, la hizo levantar con bondad y la abrazó. Cinco damas se presentaron inmediatamente, y todas querían abrazar sus rodillas, hablando al mismo tiempo; y las cinco pesaron tanto sobre él que hubieron de hacerle perder su equilibrio en medio del bullicioso tumulto, logrando al fin aquietarlas con buenas palabras. Por fortuna descubrió entre la concurrencia á una niña de doce años, que le miraba tímidamente y no se atrevía á acercársele: la levantó en sus brazos en medio de grandes aplausos. Uno gritó: ¡ Viva nuestro general! — No, no, prorrumpió él; griten: Viva la independencia del Perú. — El cabildo, apresuradamente reunido, se presentó en seguida. Él con-

testó á sus felicitaciones gravemente, sin frialdad, sin muestras de suficiencia. Después de algunos discursos que le fueron dirigidos, y á que respondió con palabras apropiadas, otra dama se echó en sus brazos, lo tuvo estrechado por más de medio minuto, sollozando más que pronunciando las palabras: ¡ *Mi general!* ¡ *Mi general!* Al querer retirarse, San Martín, impresionado por su entusiasmo y su belleza, la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: — « Debiera » ser permitido demostrar la gratitud con un beso »; pero se abstuvo, y encargó á un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta. Á las diez y media de la noche, se retiró á Mirones, — punto equidistante entre el Callao y Lima, — donde había hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao (46). Así fué como el libertador del Perú entró á la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos, prohibiendo que se injuriase á los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme á las leyes preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción: *Lima independiente*.

Una proclama de San Martín, que por su tono jactancioso contrastaba con su actitud modesta de vencedor, llamó á las armas á los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en cuarenta días, si los pueblos lo acompañaban en sus sacrificios. No era imposible del todo tan gran resultado si la palabra hubiese sido acompañada por la acción; pero lejos de esto, no sólo no dió nuevo impulso á la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores

(46) Todos estos detalles se encuentran en el diario de viaje del capitán Basil-Hall, cap. XVII.

militares, que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones, ó tan sólo un plan negativo. Había querido hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas, y el éxito coronaba sus designios en cuanto al objetivo inmediato: la posesión de Lima, centro aparente del movimiento reaccionario. Exagerándose la importancia de este hecho, pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento; que el país sublevado como elemento concurrente de las armas, — que intervendría á su tiempo, — prepararía sin arriesgar nada el triunfo definitivo. Era un plan filosófico, que llevado á sus consecuencias lógicas, todo lo reducía á la fuerza de presión como medio de poner en movimiento las fuerzas activas por el simple efecto de su gravedad. Este sistema lento y expectante de hacer la guerra, se fundaba en que las fuerzas populares no habían hecho causa común con los libertadores, como sucediera en Chile; en que, mientras tanto lo ganado aseguraba la independencia, reducida á cuestión de tiempo.

Verdad es, que el país no había respondido aún al llamamiento de los libertadores; que á excepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo; que la insurrección de los indígenas, débil y desordenada en sí, que sólo brindaba derrotas, no le prestaba ningún concurso eficiente; que la primera campaña de Arenales á la Sierra, demostraba la inercia de las masas, y cuando más, una adhesión pasiva. Todo esto le hacía considerarse como acampado y no como establecido, en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las del ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo, fuese para acelerar la victoria ó para afrontar una derrota pasajera, sin jugar á un albur el todo propio contra una parte

ajena. De estas bases de raciocinio más que de observación profunda, partía para pensar, que el solo hecho de la conservación de su ejército, como reserva militar y núcleo de opinión, garantía las posiciones conquistadas y era un triunfo positivo, pues mientras él se robustecía, el enemigo se debilitaba y consumía. No se hacía cargo del desgaste de su propia máquina de guerra en un clima mortífero, ni preveía la acción opuesta, que consideraba eliminada, cuando por el contrario se retemplaba en un clima sano y en medio de abundantes recursos de todo género. De aquí que reincidiese en los mismos errores que después de Chacabuco y Maipu, al no perseguir y dejar tiempo para repararse al enemigo quebrantado, que le brindaba la ocasión propicia para jugar la gran partida con probabilidades de éxito, aunque arriesgase algo, pues sólo así podía terminar en « cuarenta días », como él lo decía, la campaña en que estaba empeñado. Ciertamente es que como la mitad de sus mejores tropas estaba destacada en la sierra con Arenales, que su ejército no era mucho mayor que el del virrey ni se hallaba en mejores condiciones, ni estaba preparado para una campaña á la cordillera (47). De todos modos, su persecución pudo ser más eficaz y dar mayores resultados. Pero el más grave error en que incurrió fué abandonar al enemigo las provincias de la sierra, cuya posesión lo compensaba de la pérdida de Lima y equilibraba la guerra, cuando él se encerraba en un círculo vicioso.

Mientras tanto, los generales españoles, después de adop-

(47) Las fuerzas que había llevado Arenales eran como 2,200 hombres, según consta de un documento original que se citará á su tiempo. Las que San Martín tenía en Lima, al tiempo de su evacuación, ascendían á 3,000 hombres, á saber: batallones 8.º y 11 de los Andes, idem 2.º, 4.º y 5.º de Chile; regimiento de granaderos á caballo, escolta del general y artillería de Chile. El 11 de los Andes y el 2.º de Chile, estaban muy bajos y situados en Canta, según Arenales, que da este pormenor en su « Mem. Hist. », pág. 73, (nota).

tar la resolución salvadora de evacuar á Lima, encontraban las inspiraciones que debían prolongar la guerra y salvar el honor de sus armas, poniendo varonilmente en práctica la máxima formulada por La Serna en términos triviales: « el » que pierde no quiere dejar el juego, porque espera ganar » lo que ha perdido». Canterac con el primer cuerpo de evacuación de Lima, trepaba penosamente la montaña experimentando grandes quebrantos al cruzar la cordillera; pero contenía el avance de Arenales por el frente á la vez que cubría las provincias del sud, su base natural de operaciones, y de este modo neutralizaba la expedición á puertos intermedios.

El virrey, á la cabeza del segundo cuerpo, después de cubrir con fuerzas inferiores el repliegue de Canterac, emprendió su retirada por el camino de la costa en dirección al valle de Cañete, sembrando su camino de desertores, muertos y moribundos, y penetró á la cordillera por la quebrada de Yauyos, al este de Lima, que lo conducía al paso de Yaulu en la cumbre de la cordillera, rectamente á Jauja, de modo de concurrir al nuevo plan de campaña amagando el flanco ó la retaguardia de la columna de Arenales en la sierra. El trayecto que tenía que recorrer era difícil y peligroso, y los naturales insurreccionados lo esperaban en sus gargantas para cerrarle el paso. Luego se verá cómo, no pudiendo franquear este camino, tuvo que retroceder para buscar el itinerario seguido por Canterac. Durante su marcha por la costa, en un espacio de 100 kilómetros, sólo fué flojamente hostilizado á su retaguardia por un regimiento de caballería al mando de Necochea, que regresó á Lima así que le vió internarse en los primeros desfiladeros de la montaña, sin observar siquiera sus movimientos ulteriores, de manera que, en su contramarcha, encontró el terreno libre. Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión,

y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inacción (48).

El desarrollo de las operaciones de Arenales en su segunda campaña de la sierra, y de Cochrane y Miller á lo largo de las costas de los puertos intermedios, pondrá en evidencia el alcance de los errores apuntados, que si bien tienen su explicación racional según las vistas del general independiente y dada su situación, no por eso comprometen menos su responsabilidad ante la historia como director de la guerra, en presencia de los hechos que fueron su consecuencia inmediata ó ulterior.

(48) « No sería fácil explicar la inacción en que los adversarios se mantuvieron ». (Camba: « Memorias », t. I, pág. 401.)